

De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España



eds. **Antonio Garnica Silva, María Losada Friend, Eloy Navarro Domínguez**



VII

WASHINGTON IRVING,
ESCRITOR Y DIPLOMÁTICO

José Cuenca Anaya

149

VII

Cuando niño, hace de esto muchos años, descubrí el hotel Washington Irving, una tarde que subía hacia La Alhambra con mis compañeros del primer curso de bachillerato. “Mirad”, nos dijo el profesor que nos acompañaba, “este hotel fue construido sobre las ruinas de la pequeña casa en que vivió un gran novelista americano, de ese mismo nombre. Y en ella, escribió los Cuentos de La Alhambra”.

Tal información escondía una doble falsedad: ni Washington Irving vivió en casita alguna, sino dentro del recinto de La Alhambra, ni escribió sus famosos cuentos en Granada. En el bello palacio nazarí, donde se alojó a comienzos del verano de 1829, escuchó viejas historias, tomó notas y apuntes y compuso el cañamazo de alguno de sus textos; pero no escribió los cuentos, al menos en su redacción definitiva. Y es que la vida de este diplomático, romántico y viajero, sigue rodeada de historias y leyendas –esas que a él tanto le gustaban– que tenían como objetivo algo de lo que siempre fue devoto convencido: transformar y embellecer la realidad.

Por entonces, mis tías me regalaron, en la fiesta de San José, una bonita edición de los Cuentos de la Alhambra, ilustrada con sencillos grabaditos en color. Me los leí con avidez, porque siempre he sido, y sigo siendo, un devorador de letra impresa. Luego, sus dibujos y relatos se me fueron borrando con el tiempo, hasta sólo conservar en la memoria uno de ellos: “El legado del moro”. Muchos años más tarde, diplomático ya y destinado como Consejero de nuestra Embajada en Londres, tuve la fortuna de adquirir en pública subasta el número 90 de la magnífica tirada, de sólo cien ejemplares, en que consiste la serie restringida de la llamada “Darro edition” de esta obra, la más completa edición de las muchas que han visto la luz en todos los idiomas. Se presentaba en dos lujosos tomos, adornados con fotografías de la época, color sepia, que aportan un enorme valor documental. Se trata de un hermoso libro, publicado en 1891 por los herederos de quien, desde algunos años antes, era ya su editor en exclusiva: Putnam’s Sons. De manera que ahora podía dar plena satisfacción a mi deseo: leer los Cuentos en versión íntegra, corregida y ampliada, y en su lengua original.

Hoy, embajador amante de la pluma, puedo hablar desde La Rábida de escritura y diplomacia, de la mano de aquel neoyorkino universal que se alojó en estas estancias, buscando entre los documentos del archivo, y en las gentes de los puertos de la costa onubense, testimonios y datos para dar remate, o confirmar, sus más serios trabajos sobre el Descubrimiento. Por entonces, él servía en la legación de Los Estados Unidos en la capital de España, y había editado ya algunos de los libros que le dieron mayor renombre y fama.

Washington Irving fue, en efecto, escritor y diplomático. Y pongo por delante su condición de escritor, porque, como profesional de este viejo oficio mío, la diplomacia, sólo ocupó tres puestos a lo largo de toda su carrera. Aunque, eso sí, dos de ellos en Madrid, donde llegaría a ser máximo representante de los Estados Unidos. En el 150 aniversario de su muerte, resulta interesante hablar del personaje y de su creación literaria desde la óptica de un Embajador de la Cultura, que es lo que soy y siempre he sido. Y, de su mano, les expondré mis opiniones acerca del binomio “escritura y diplomacia”, con una reflexión sobre estas dos cuestiones: por qué escribimos los diplomáticos, y cuáles son los temas y géneros literarios que más nos han interesado. Porque son los mismos que tentaron a nuestro gran aventurero americano, como luego se verá.

¿Por qué escribe el diplomático? Ante todo, vaya por delante que quienes seguimos esta profesión debemos redactar cartas, despachos, telegramas y notas muy variadas a lo

largo de toda la carrera. Y lo hacemos en el estricto cumplimiento de una de nuestras más características funciones, tal y como vienen fijadas en la Convención de Viena sobre Relaciones Diplomáticas: el deber de informar. Tenemos, en consecuencia, costumbre de escribir. Pero hay otras razones que nos empujan a la literatura.

El diplomático es un viajero, un ser cosmopolita, alguien que se mueve en contacto con una realidad cambiante y colorista que le gusta descubrir y retratar. De ahí la tentación de relatar sus viajes y adentrarse en un mundo de exotismo y aventura. Por otra parte, necesita escribir cartas, ese cordón umbilical para mantenerse unido con los suyos, para profundizar en el análisis de la realidad internacional, que debe conocer y valorar, y para estudiar a fondo la historia del país en el que ha sido acreditado. Y algo más. Lejos de su tierra y de sus gentes, los diplomáticos pueden convertirse en hombres solitarios, y encerrarse en una cáscara que, en no pocas ocasiones, llega a ser muy dura. Es el síndrome de la soledad: un hondo sentimiento que, a veces, llega a transformarse en obsesión, y que él procura combatir con ayuda de la pluma. En las noches ardientes de las selvas tropicales, o en los helados destierros de las nieves, él precisa sentir la cercanía y el apego de sus gentes, que evoca en el recuerdo; y notar, sobre la piel del alma, la sencilla calidez de la ciudad o el pueblecito en donde enderezó los pasos. Porque, para los que viven apartados del entorno en que han nacido, su patria será siempre la tierra prometida; y escribir sobre ella es, sencillamente, un acto de amor, un estar acompañado.

Esta soledad del diplomático, en su expresión más dura y desgarrada, la representa como nadie un granadino: Ángel Ganivet. En sus puestos consulares, desde las brumas holandesas y los vientos de cuchillo de Helsinki y de Riga –donde encontró su trágico final–, él vivió la ensoñación y la nostalgia de su ciudad natal, tan lejana, hermosa y añorada. Y lo marca en sus escritos. En Granada la Bella da rienda suelta a esos anhelos, a veces marcados por la pena; y ahí nos deja una reflexión sobre La Alhambra, que, para él, no es ese “alcázar vaporoso donde se vive en fiesta permanente”, sino la muestra decadente de una civilización agonizante. Éstas fueron sus palabras:

El destino de lo grande es ser mal comprendido. Todavía hay quien, al visitar la Alhambra, cree sentir los halagos y arrullos de la sensualidad, y no siente la profunda tristeza que emana de un palacio desierto, abandonado de sus moradores, aprisionado en los hilos impalpables que teje el espíritu de la destrucción, esa araña invisible cuyas patas son sueños.

Se trata de una Alhambra diferente de la que cantó Washington Irving, y de la que visitaron los viajeros románticos del siglo XIX. Desde sus imaginaciones desbordadas, estos trotamundos europeos trataron de leer entre las piedras de la Fortaleza Roja las glorias del Islam, las leyendas de zegríes y abencerrajes, amén de los relatos de amores y princesas, marinos y guerreros, dignos de ser cantados por la hermosa Sherezade, experta en las difíciles, sosegadas y muy antiguas artes de contar cuentos. La Alhambra de Ángel Ganivet es otra muy distinta, y en ella quiso ver un icono derrotado, un reflejo de su propio drama personal, hecho de tragedia, amargura y soledad.

La segunda cuestión es ésta: ¿qué temas interesan y han interesado a mis compañeros de carrera? Son muchos y variados. El diplomático, cuando toma la pluma, cubre todas las variantes de lo que García Márquez ha llamado “el insaciable y abrasivo vicio de escribir”. Y se adentra en géneros literarios tales como la poesía (como Pablo Neruda, Cónsul General en Barcelona, Embajador en París y Premio Nobel), la historia (donde hay escritores

formidables en Francia, Inglaterra y Alemania), el teatro (como Enrique Llovet, Premio Nacional de Teatro), los diarios y memorias o la narrativa, en sus más variadas formas. Me centraré solo en tres campos que, a los de mi profesión, les han parecido particularmente atractivos: cartas, viajes y análisis histórico. Son los que, junto a los relatos breves y el periodismo, cautivaron también a Washington Irving.

Si hay un diplomático maestro consumado en el género epistolar, ese es don Juan Valera: gran embajador y, al mismo tiempo, uno de nuestros más importantes novelistas del siglo XIX. Profundo conocedor del corazón de la mujer –ahí están Pepita Jiménez y Juanita la Larga para probarlo–, don Juan debutó en su larga carrera diplomática como agregado de Embajada en nuestra legación en Nápoles. Y allí, a sus 22 años, hizo lo que un fiel y discreto funcionario, leal y respetuoso, nunca se debe permitir: quitarle la novia al Embajador. Según cuenta Valera en una de sus cartas, tal moza había pasado de Nápoles a Roma –y cito literalmente las palabras de don Juan– con “un atrevidísimo y endiablado propósito”: seducir al Santo Padre. Objetivo que, al parecer, no pudo lograr.

Don Juan, que servía a las órdenes del Duque de Rivas –otro cordobés, diplomático y escritor–, pasaría años después a ser nombrado secretario de nuestra Embajada en San Petersburgo. Y allí consiguió los favores de Magdalena Broham, una apasionada actriz francesa en la que el Duque de Osuna, nuestro embajador en la corte de los zares, había estado interesado. Quizá por ello, Osuna dispuso el fulminante traslado de Valera, que Madrid le concedió. Y en la ciudad del Neva quedó inconsolable y malherida –aunque no por mucho tiempo–, la bella Magdalena.

En su camino de regreso, ya en Berlín, don Juan escribió a un amigo lo siguiente: “Heme aquí, querido Mariano, libre ya de mis deberes diplomáticos y lejos de mi ofendido jefe. ¡Alabado sea Dios, que así lo ha dispuesto!”

Al margen de sus aventuras de “boudoir”, que nuestro fogoso secretario describe con detalles increíbles (a pesar de tratarse de cartas al Secretario de Estado, que habían sido censuradas para su publicación), estamos ante un acabado monumento del difícil arte epistolar. Aunque Valera estuvo en ese puesto sólo siete meses, fueron suficientes para dejarnos una correspondencia de valor excepcional, que contiene un inteligente, profundo y atinado análisis sobre la Rusia de mediados del siglo XIX. Cuando fui nombrado embajador en Moscú, a finales de 1986, examiné esas cartas con deleite y obtuve notable provecho en su lectura, de gran utilidad para conocer las entretelas del puesto que me había sido asignado.

Washington Irving también es un virtuoso del género epistolar. Tres años después de morir en su mansión de Sunnyside, su sobrino y heredero, Peter Irving, escribe una primera biografía de su tío basándose en los cientos de misivas que dejó. La titularía *Life and Letters of Washington Irving*, un libro de gran éxito que le publicó Putnam, que ya era por entonces su editor. Después, sus dos más serios y profundos biógrafos y comentaristas, Stanley Willims y Claude Bowers, utilizarían esa correspondencia para reconstruir la vida y los trabajos del que ya era reconocido como el primer escritor americano de alcance universal.

A mí me interesan, sobre todo, las cartas que escribió desde Granada, con tres destinatarios: Mademoiselle Antoinette Boviller, a quien da noticia muy completa de sus primeras impresiones, como más adelante apuntaré; su hermano Peter, con el que comenta diversos temas de interés, algunos relativos a sus obras; y el príncipe Dolgoruky, que le había hecho compañía en su segundo viaje, el que hizo de Sevilla hasta Granada. Un viaje cargado de

hondas resonancias cervantinas, ya que, en su momento, Irving había pensado escribir una biografía del autor del Quijote.

A estas cartas debemos añadir la que escribe a otro compañero de aventuras, el pintor David Wilkie, que se incluyó como dedicatoria en la primera edición de los Cuentos de La Alhambra. De ella, a pesar de ser una de las más breves, se desprenden tres notas de interés para el tema que tratamos. En primer lugar, prueba que habían visitado juntos varias ciudades, entre las que destacan Toledo y Sevilla, donde admiraron culturas tan dispares como la gótica y la morisca, que dejarían en nuestro romántico andariego una huella muy profunda. En segundo lugar, confirma que fue David Wilkie quien le animó a que escribiera un libro en el ambiente de la corte de Harum al-Rashid y la rica tradición de los cuentos orientales. Y finalmente, atestigua que esa obra se encuadraría en la España que describe como "land of adventure": una tierra de aventura, que le había cautivado por su gente y su paisaje. Así es como Washington Irving iría descubriendo nuestra España: un país de leyenda, atractivo y singular, donde, según propia confesión, pasó los años más felices de su vida.

El segundo género literario al que me quiero referir es el de los libros de viajes: un amplio campo que ha tentado siempre a los diplomáticos, desde los más remotos tiempos de la literatura. Porque ellos deben ser, por oficio y vocación, grandes viajeros. Aquí nos encontramos con dos ejemplos muy tempranos: *El Milione*, popularizado como *Libro de las Maravillas del Mundo*, debido a Marco Polo, y la obra de Ruy González de Clavijo, en la que da noticia de su misión a Samarkanda.

El libro de Marco Polo, que Colón había estudiado, lo leyó Washington Irving en los primeros años del siglo XIX, según nos cuenta en su correspondencia y en su Diario. De él tomó una enseñanza: cómo una misión diplomática y comercial puede convertirse en un pretexto a la hora de plasmar sobre el papel la descripción de tierras muy lejanas. En este caso, las del hermético y misterioso Imperio de la China. Es verdad que la primera encomienda de los Polo, a finales del siglo XIII, tuvo un carácter predominantemente comercial: la apertura a Occidente, donde ya brillaba la opulencia de Venecia y las ricas ciudades italianas a la ruta de la seda. Pero en el segundo viaje a los confines del Catay, Marco era portador de una carta del Sumo Pontífice dirigida a Kubla Khan, heredero del imperio que había fundado Gengis Khan, lo que añade a este periplo el componente diplomático que acabo de citar.

El segundo de estos libros, titulado *Vida y Hazañas del Gran Tamorlán*, con la descripción de las tierras de su Imperio y Señorío, no es probable que lo conociera Washington Irving. Lo escribió Ruy González de Clavijo, enviado por Enrique III con una finalidad claramente diplomática: conseguir el apoyo militar de la caballería mongola para contener al turco, que ya amenazaba seriamente las fronteras de la cristiandad. El viaje, realizado entre 1403 y 1406, se hizo en barco en su primer trayecto, entre el Puerto de Santa María y Trebisonda, para continuar por tierra a Samarkanda, la corte legendaria del Mongol. El intento no cuajó por la muerte del Gran Tamorlán en vísperas de emprender la campaña militar; pero puso de relieve la pujanza y la vocación de presencia internacional y de expansión que ya tenía el reino de Castilla. Con ello, nos legó la sorprendente aportación de un emisario y escritor: un relato variopinto, interesante y divertido que ahora, tras siglos de silencio, ha sido de nuevo divulgado.

El diplomático es un testigo que, en sus desplazamientos, relata lo que ve. Y, a veces, lo deja escrito para siempre. Eso es lo que hizo Washington Irving, en sus andanzas por Eu-

ropa y por España, y en sus largas excursiones por los anchos espacios aun poco conocidos de la gran pradera americana.

De todos los viajes que describe en nuestro país destaco el que hizo de Sevilla hasta Granada, en la primavera de 1829. Quizá porque fue el primero que leí. O quizá porque en él se pintan, mejor que en ningún otro, los paisajes, las escenas y los personajes que tanto le apasionaron. Antes de eso, en su camino hacia las fértiles vegas del sur, había atravesado la España agreste y dura, la de los secarrales de la Mancha y los recios serrijones andaluces. Un paisaje que describe como “áspero, triste y melancólico”, pero lleno de grandeza. En cuanto a los personajes que le van saliendo al paso, sobre todo en estas últimas jornadas, siente por ellos el mayor respeto, tanto por los que encuentra en su camino como por los que luego le hacen compañía en sus aposentos de La Alhambra.

En estas andaduras se dibuja ya lo que fue su gran aportación: entender la estrecha intimidad que existe entre el hombre y su entorno natural. Washington Irving piensa, también él, que cada hombre tiene su paisaje. Y lo expresa en estos términos:

Este paisaje no deja de ser elevado en su severidad, en consonancia con las peculiaridades del pueblo que lo encuadra. Tanto que, desde que he conocido y estudiado la tierra que habitan, creo que conozco y comprendo mejor el carácter sufrido, frugal, sobrio y altivo del español, su viril resistencia a la adversidad y su desprecio por goces, contentos y halagos enervadores.

Así es, en verdad. Y de esa forma nos han visto quienes han escrito sobre España y los españoles, desde Trogo Pompeyo a Julián Marías. También es ésta mi manera de pensar. En mi libro *La Sierra Caliente* hablo de los pastores, furtivos, labriegos y pineros de las Sierras de Cazorra y de Segura. Y los pinto como gentes de pasos aplomados y palabra sosegada, recios y sufridos, altivos como reyes, que saben plantar cara a la más dura adversidad. Para añadir que ellos son el alma de las tierras de Jaén, y el imprescindible componente que da vida y hondura a su paisaje. Convencido, como estoy, de que “sin sus hombres y mujeres, la Sierra es sólo piedra”.

Los viajes por Europa y por España no impidieron que Washington Irving se sintiera también atraído, con un tirón fuerte y entrañable, por la parte inexplorada del Oeste americano. De esa vocación, tan fecunda, nacieron tres de sus mejores obras. En *A Tour in the Prairies* (1835), Irving sintió la tentación del espíritu pionero del hombre de frontera y describió sus andanzas con los indios de la gran pradera americana. En *Astoria* (1836), relata la aventura de los tramperos de Oregón en torno a un personaje de leyenda: John Jacob Astor, nacido en Alemania y fundador la American Fur Company, con la que reunió una gran fortuna basada en el comercio de las pieles. Su tercer libro sobre el Oeste fue *The Adventures of Captain Bonneville*, que escribió un año más tarde. Bonneville fue un aventurero francés que exploró el Noroeste americano, abriendo las rutas de Oregón y la Alta California a los pioneros. Irving lo conoció en Nueva York y le compró los apuntes, las notas y los mapas que tenía, con los que compuso el libro que el francés, otro personaje de leyenda, no supo o no quiso redactar.

Estas obras reflejan el amor hacia su país, teñido por tres notas características del romanticismo: el espíritu aventurero, la atracción por lo desconocido y el mito del buen salvaje, que llenará páginas y páginas desde Rousseau a Rudyard Kipling. Es el mismo impulso que alienta en otro gran novelista americano, contemporáneo suyo: James Fenimore Cooper, que en 1827 escribe *La Pradera* y que, un año antes, había publicado su obra maestra, *El último de los Mohicanos*.

El culto de la Historia constituye otra atracción del diplomático, de antes, de ahora y de siempre. El análisis de los acontecimientos históricos de un determinado entorno y de las realidades que lo enmarcan, es parte del oficio de un buen observador, que debe conocer a fondo el puesto que le ha sido asignado. De ahí que, para mejor desempeñar su función, tenga que recurrir a las enseñanzas de esa “maestra de la vida” que, como afirma Cicerón, es la Historia. O, como la definiera Cervantes en el Quijote, una ciencia que es madre de la verdad, “émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir”.

Amén de los historiadores rigurosos y serios que abundan entre los de mi carrera –y en España tenemos varios ejemplos, antiguos y recientes–, no son pocos los cultivadores de una variante más ligera de esta ciencia, que es la “historia novelada”. A tal capítulo pertenece, por derecho propio, uno de los libros de más éxito de Washington Irving: *La Conquista de Granada*.

Sabedor de las limitaciones de este género, donde se mezclan datos reales con aportaciones de la imaginación y la leyenda, Washington Irving no quiso firmar este trabajo con su nombre, y echó mano de un recurso –ya lo había utilizado en su *Historia de Nueva York*–, que le parecía eficaz: inventarse un manuscrito inexistente y atribuirlo a un autor imaginario, Fray Antonio Agápida. Luego, cuando su editor de entonces desvela en la portada el verdadero padre de la obra –y Murray lo decide por intereses económicos–, nuestro hombre corrige ciertos pasajes discutibles de su crónica, que sabe que son falsos, para cuidar de su buen nombre. Además, en una carta dirigida a su hermano Peter, protesta airadamente contra lo que considera “una licencia indecente” de Murray: haber incluido, por su cuenta, y si encomendarse a nadie, al verdadero autor en la portada. Una decisión que adopta el editor, como digo, por dinero: porque sabía muy bien que Irving era ya famoso y que el libro, de esa forma, tendría más atractivo y se vendería mejor.

Washington Irving era muy consciente de que en su investigación histórica, incluso en los trabajos más serios, había concedido un ancho espacio a la leyenda. Lo admite y lo justifica, en el prólogo de una de sus obras, en los siguientes términos: “Descartar la leyenda en la historia de España es eliminar una de sus más bellas e instructivas características nacionales. España es un país de poesía y romance, donde la vida de cada día se hermana con la aventura”. Eso era para él la España en la que vivió siete años: una tierra de poesía, romance y aventura.

Ya en el terreno de la Historia como ciencia, hay que conceder atención muy principal, sobre todo en este foro de *La Rábida*, a una de sus aportaciones más interesantes: *Vida y Viajes de Cristóbal Colón*. En relación al binomio “literatura y diplomacia”, añadiré en relación al capítulo colombino una pincelada que quizá sea novedosa.

El 26 de noviembre de 1959, en los actos celebrados con ocasión del centenario de la muerte de Washington Irving, pronunciaba en la Universidad de Granada una espléndida conferencia don Francisco Morales Padrón, a quien yo conocí hace casi sesenta años. Decía el docto profesor:

Se me ha de perdonar que en un ciclo de actos en honor de Irving yo introduzca cierto tono acusador, agresivo, pero mis acusaciones no son contra el hombre sino contra la obra construida sin mala fe, pero con un descarado favoritismo o admiración que ha llevado al autor a ensombrecer hechos y personajes con el fin de resaltar a su héroe.

Su héroe, no hay que decirlo, era Colón. Hasta aquí, la cita literal. Pasa a continuación a criticar, con sólidos argumentos, muchas de las tesis vertidas en la *Vida* que ahora comentamos. Y lo hace con el rigor del académico, con la base documental que maneja un profesor y con los sólidos conocimientos de quien consagraría una vida entera al estudio de la historia americana. Sin embargo, don Francisco lleva a cabo una tajante afirmación que, a mi entender, es equivocada: que “el autor norteamericano llega al tema casualmente”. Y que Irving comienza a interesarse por Colón cuando, estando en Francia, recibe una carta de su embajador en Madrid invitándole a venir a España para estudiar los documentos y legajos que preparaba, sobre el descubrimiento de América, don Martín Fernández de Navarrete.

No es así. Irving no llega al tema casualmente. Al contrario: conocía los trabajos de los historiadores de Indias, y se había documentado ampliamente, e incluso había escrito ya sobre las lagunas y misterios que rodeaban todos los aspectos del descubrimiento de América. Y eso, desde mucho tiempo atrás. En su *A History of New York*, una de sus obras más famosas, publicada en 1809 con el seudónimo de Diedrich Knickerbocker, dedica varios capítulos a exponer sus ideas, a veces de manera muy superficial y peregrina, sobre esta cuestión controvertida, que le venía preocupando desde antiguo. Y lo hace con ese espíritu desenfadado, ligero, socarrón y divertido que alienta en su famoso trabajo sobre los orígenes de Nueva York, uno de sus libros más populares –en Estados Unidos sigue estando en los anaqueles de todas las librerías–, que lo consagró como el primer escritor de su país. Por ejemplo, dice en el capítulo III que el culpable de que América no se hubiese descubierto antes fue Noé, al que llama, con humor, “primer navegante de la Historia”. Y eso porque sólo tuvo tres hijos, a los que concedió Europa, África y Asia como herencia. Si hubiesen sido cuatro –y esa fue su culpa, nos dice Washington Irving–, Dios habría dispuesto el descubrimiento de América con suficiente antelación, de manera que todos los retoños del Patriarca habrían gozado de una hijuela parigual.

En el capítulo V se adentra en el problema seriamente. Mejor dicho, casi seriamente. Y ahí se alinea con las tesis lascasianas, denuncia los abusos de la colonización y añade por su cuenta algunos de los más notorios desvaríos de la leyenda negra, incluyendo, como prueba, el texto de la carta de un “reverendo padre” a sus superiores religiosos de España. Tal carta es, por supuesto, una falsedad. En ella, el pretendido dómine dice no entender cómo los indígenas se quejaban de ser expoliados de sus tierras y riquezas, cuando deberían estar agradecidos a los conquistadores; porque, a cambio de estos bienes materiales y perecederos, los nativos recibirían a su muerte algo de infinitamente más valor: el Reino de los Cielos. En la obra aparece el texto entre comillas, como para probar la autenticidad del documento consultado; pero la carta es un invento.

Hasta aquí los variados argumentos para demostrar que el diplomático americano no llega al tema colombino casualmente, aunque fuera luego, en Madrid, en Sevilla y en La Rábida, donde lo analizase con mayor profundidad. ¿Cometió errores en su libro? No hay duda: todos los que destaca Morales Padrón, y algunos más. Errores en los hechos, en la interpretación de los fondos documentales y en el mismo planteamiento general, ya que todo su enfoque de la peripecia colombina estuvo lastrado por la pasión desordenada que sentía hacia el Almirante de la Mar Océana. Pero eso no le resta a la obra un doble mérito: ser la primera biografía de Colón y, además, abrir en todo el mundo anglosajón un ancho campo, enormemente sugestivo, a la investigación americanista.

Es importante establecer el paralelismo entre la Vida y viajes y la primera biografía de Cervantes, que don Gregorio Mayans y Siscar escribió en 1737. Es cierto que esta última también contiene errores (por ejemplo, hace nacer a Cervantes en Madrid), pero tuvo el mérito no sólo de ser el primer trabajo serio sobre el autor del Quijote, sino el de “poner al genio en el lugar que merecía”. Después vendrían otros intentos, más completos y atinados; pero nadie podrá restarle a don Gregorio el mérito de haber compuesto un primer trabajo profundo y bien documentado sobre la vida de Cervantes. Aunque contenga errores. Y eso es lo que Washington Irving hizo en su trabajo sobre Cristóbal Colón.

Cartas, viajes, estudios históricos: éstos son los tres grandes capítulos (además de las memorias, la narrativa y la poesía) que tientan al diplomático escritor. Sólo he querido adentrarme en estos tres. Pero, tratándose de Washington Irving, hay un tema adicional en el que confluyen todos ellos, como savia nutricia de su actividad creadora: Granada, su Granada.

Irving viene a España en su segundo viaje a Europa, y la descubre, de verdad, al cruzar Despeñaperros, a finales del invierno de 1828, cuando se le aparece Andalucía en todo el esplendor de una primavera ya cercana. Una Andalucía que él calificará, en sus cartas y en sus diarios, de “tierra de promisión, país de ensueño y paraíso terrenal”. Y ahí, en sus viajes a Sevilla, la Rábida y Granada, encontrará el marco adecuado y la inspiración para desplegar todo el poder de su imaginación.

El 8 de marzo de 1828, festividad de San Juan de Dios, Washington Irving llega hasta Granada, en el primero de sus encuentros con la ciudad que le fascinará. El deslumbramiento que le causa esa impresión lo describe, como tenía por costumbre, en una carta. Se trata de una de las más esclarecedoras, luminosas y sentidas que escribió a lo largo de su vida: la que dirige a Mademoiselle Antoinette Boviller, anteriormente citada. Es un texto largo, del que quiero destacar solamente este pasaje:

Imagínese cuál debió ser nuestra alegría cuando después de pasar el famoso Puente de Pinos, escenario de famosos encuentros entre moros y cristianos y notable por haber sido el lugar donde fue alcanzado Colón por un mensajero de la Reina Isabel, divisamos Granada, con su Alhambra, sus torres y sus nevadas montañas.

Luego, en este mismo documento, le habla de los valientes abencerrajes, del triste destino de Boabdil y de los tesoros ocultos en los sótanos y pasadizos de la Fortaleza Roja, el bello y misterioso palacio nazarí. Es decir: de todos los temas que, más adelante, inspirarían buena parte de los Cuentos de La Alhambra. Una obra, traducida a todos los idiomas, sobre la que quiero destacar sólo unas breves notas.

En artículos y publicaciones he podido comprobar, además de los yerros y deslices que he señalado anteriormente, otros muchos errores de no menor calado: que escribió los Cuentos en el verano de 1829, que los publicó nada más llegar a Londres y que luego se editaron en Filadelfia, dos años después. Y, sobre todo, que supusieron para el mundo el descubrimiento de Granada. Todo falso. Como dijo don Francisco Yndurain, hace ya cincuenta años, Irving no vino a Granada a descubrir: vino a confirmar. Y a gozarse con la generosidad de los granadinos, que le dieron su acogida, y con los encantos y atractivos de La Alhambra.

Dicho esto, conviene precisar algún detalle. Antes de su primera visita a la Granada que lo enamoró, ya habían visto la luz varios libros de viajes –ingleses, franceses, italianos y alemanes–, sobre España, donde nunca faltaba un recorrido por Andalucía y un obligado paseo de evocaciones y nostalgias por la antigua corte de Boabdil. En la mayoría de los casos, son obras ilustradas con soberbios grabados sobre el bellissimo, inquietante y misterioso palacio nazarí. Ahí están los trabajos de Townsend y Swinburne –este último, con magníficos grabados–, la monumental aportación de Laborde y los testimonios de los incontables viajeros que nos venían visitando desde el siglo XVIII. Esto es cierto. Pero el mérito de los Cuentos no estuvo en descubrir sino en divulgar. Y eso nadie se lo puede discutir a nuestro autor. Porque este libro popularizaría, sobre todo en su país, esa visión galante, sensual y misteriosa de La Alhambra y de Granada. Hasta el punto de extender, especialmente en el mundo anglosajón, una “moorishmania” sin precedentes, que llenó de monumentos hispanoárabes las nuevas construcciones de todo un continente, América del Norte, que empezaba a despertar.

En cuanto al libro en sí, no se edita hasta 1832, tanto en Londres como en Estados Unidos, y se traduce inmediatamente a todos los idiomas europeos. Sin embargo, ese primer texto sería después corregido y ampliado, en base a las notas, apuntes y relatos que guardaba el propio autor. De manera que, para tener una versión bien ordenada, íntegra y definitiva de los Cuentos de la Alhambra, hay que esperar hasta 1851, cuando Putnam da a la estampa la obra enriquecida y retocada, en el título y en su contenido. Para ella, el autor escribe un prólogo en el que aporta varios comentarios atinados y muy esclarecedoras observaciones. En esa introducción nos revelará Washington Irving diversos hechos: que guardaba varios borradores, que ahora ven la luz por vez primera; que se añaden nuevos elementos, basados en sus notas, para comprender mejor este microcosmos que es La Alhambra; y que en su libro ha tratado de pintar un mundo “mitad español y mitad oriental”, tal y como lo conoció durante su estancia en el palacio, junto al espíritu caballeresco que aún pervive entre sus ruinas.

Para la Casa de América de Sevilla esculpió Mariano Benlliure una plaqueta en bronce, en la que figura esta leyenda: “A Washington Irving, en recuerdo de su amor a España: 20 de mayo de 1925”. Eso es exactamente lo que fue: un enamorado de España, que le valió el honroso título de pionero entre los hispanistas americanos. Y el autor de la primera biografía de Colón, que reavivó en el mundo entero la pasión por el Descubrimiento y por la figura, entonces envuelta en la penumbra, del Almirante de la Mar Océana. A Washington Irving le debemos también el enorme impacto que tuvieron los Cuentos de La Alhambra, que popularizaron en su país, y en toda Europa, la imagen de Granada y de la Fortaleza Roja, el más bello palacio del planeta. Y a él le debo yo mis primeros entusiasmos de chiquillo por este mundo de leyenda y de misterio al que supo despertarme, cuando leí, con la ilusión de mis once años, los relatos que aún guardo en la memoria.